Arturo Barea: La forja de un rebelde o el resentimiento español

Pedro M. Domene

El desconocimiento de Arturo Barea se debe tanto a prejuicios de clase —puesto que el autor ha sido visto siempre como un escritor poco refinado de la clase obrera— como a un prejuicio cultural, dado que no era una figura consolidada dentro del mundo literario en el momento en que abandonó España. Al estallar la guerra civil española, la literatura se convertirá en un elemento más de combate, aunque con una suerte muy desigual según los bandos y las coyunturas bélicas. La poesía ofreció frutos espléndidos, el teatro sólo logró articular algunas piezas breves y la novela empezaba a ocuparse de la guerra una vez finalizada ésta y, además, ya bien mediada la década de los cuarenta. No pocos son los nombres que se han unido a esta circunstancia histórica de uno y otro bando y al amparo de publicaciones periódicas se dieron a conocer los nombres que hoy forman esa nómina que, de alguna manera, ha justificado durante años la actividad narrativa en un país como España pero que empiezan a ser olvidados como ha ocurrido tras la contienda y el advenimiento de la libertad y la democracia por las nuevas generaciones. Ernesto Jiménez Caballero (Madrid, 1899-1988), Agustín de Foxá (Madrid, 1903-1959), Samuel Ros (Valencia, 1904-1945), Dionisio Ridruejo (Burgo de Osma, Soria, 1912-1975), Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo, Lugo, 1911-1981), Tomás Borrás (Madrid, 1891-1976), Emilio Carrere (Madrid, 1881-1947), José María Salaverría (Vinaroz, Castellón, 1873-1940), Juan Antonio de Zunzunegui (Portugalete, Vizacaya, 1900-1982) o Concha Espina (Santander, 1877-1955),[1] están muy alejados hoy de las lecturas de cabecera de nuestros jóvenes. Los

[1] Autores, todos, con una obra tan importante e interesante que merecían un monográfico individual que actualizara su literatura y la reimpresión de algunas de sus obras más significativas.

nombres de otros escritores surgidos al margen de las corrientes literarias, de protecciones editoriales e incluso con cierta independencia a la hora de publicar, son hoy aquellos que, en cierta forma, la historia literaria viene a devolver a una actualidad efímera, sobre todo porque han sido calificados de escritores autodidactos y cuya obra los ha llevado a salir a flote, pese al tiempo, y resurgir del olvido. Tres son los nombres que constatan este hecho por la singularidad de su obra: Bartolomé Soler (Sabadell, Barcelona, 1894-1975), quien descubre la literatura tras un ocasional paso por una compañía de teatro y que cosechó un rápido éxito con *Marcos Villarí* (1927), novela de técnica naturalista que recreaba una violenta tragedia rural, aunque a lo largo de su dilatada vida no alcanzaría el éxito deseado. Su novela *Los muertos no se cuentan* (1961) quiere ser una réplica de la novela de Gironella. El segundo autor es Sebastián Juan Arbó (San Carlos de la Rápita, Tarragona, 1902-1984), catalán que sólo tras 1939 se plantea escribir en castellano y en 1948 publica *Sobre las piedras grises*, Premio Nadal de ese año, pero es sobre todo Arturo Barea (Badajoz, 1897-1957) el tercer escritor en discordia, de formación autodidacta, quien tras la guerra civil española se exilió en Londres donde se dedicó al periodismo y a la crítica literaria. Allí se consolidó su fama de erudito y apareció entre 1941 y 1946 la trilogía de carácter autobiográfico *La forja de un rebelde*, compuesta por tres novelas que le otorgarían fama internacional por el retrato de la contienda civil que se cuenta en *La llama*, el tercero de sus volúmenes, además de las entregas *La forja* y *La ruta*.

En su *Historia de la literatura española* (1948)[2] Ángel del Río le dedica una página

> Estas novelas se publicaron en español en 1951 bajo el título general de *La forja de un rebelde* (...) Es autobiografía o novela, o ambas cosas, que se lee con gusto por la humanidad y vitalidad de su contenido, por la espontaneidad con que recrea el ambiente, sea el del barrio popular de Lavapiés o el de África o el del Madrid en guerra, y por la sencillez del estilo (...) Todas las experiencias íntimas y sociales de Barea —en el Banco, en el sindicato, en la guerra— se vierten en estas novelas escritas con estilo adecuado al asunto: la evocación sentimental o pintoresca, la descripción de paisajes o tipos, el reportaje, la crítica social. El tono —tierno, cómico, dramático, satírico o de protesta y rebeldía—, va, pues, en armonía con los temas.

---

[2] *Historia de la Literatura Española*, reed., Barcelona, Bruguera, 1985, 2 vols. pp. 538 (vol. II).

Juan Luis Alborg le dedica todo un capítulo en su libro *Hora actual de la novela española. II* (1968, segunda edición),[3] quizá el estudio más extenso hasta ese momento. Entre otras cosas afirma el profesor,

> Obras como la de Barea han de medirse más por la eficacia de su contenido, por su valor humano que por detalles de mera forma (...) Barea acierta por lo común en su tarea de reconstruir vívidamente no sólo su propia vida, sino todo un amplio escenario poblado de variadísimos personajes y ajedrezado por los más diversos mundos y ambientes. La destreza para dotarlo de vida y de calor constituye su mérito fundamental y exige reconocerle condiciones poco comunes de escritor nato.

Arturo Barea había nacido en Badajoz el 20 de septiembre de 1897, aunque muy pronto abandonará la ciudad extremeña por la temprana muerte de su padre. La familia se instala en Madrid y Arturo, protegido por unos tíos, es matriculado en una escuela religiosa. Su aspiración era convertirse en ingeniero pero, de nuevo, la muerte prematura de su tío lo obliga a abandonar el colegio a los trece años y trabajar como aprendiz. A partir de aquí su vida trascurre entre empleos de diversa índole: oficinista en un banco, agente comercial e incluso empresario de una modesta fábrica de juguetes hasta que es llamado a filas y destinado a Marruecos donde sobrevive al desastre de Annual en 1921, aunque permaneció en el norte de África hasta 1924, año en que deja el ejército como oficial en la reserva. Se casó con Aurelia Grimaldos y tuvo con ella cuatro hijos, pero el matrimonio infeliz le hizo volcarse aún más en su trabajo e incorporarse activamente a la vida sindical de UGT, a la que estuvo afiliado desde su época de oficinista. El inicio de la guerra civil lo llevó a la Oficina de Censura de Prensa Extranjera del Ministerio del Estado del Gobierno Republicano y a partir de 1937 comienza una labor propagandística importante. Conoció entonces a Ilsa Kulcsar, compañera en las tareas de propaganda y activista socialista, con quien se casaría en 1938 después de haber solicitado el divorcio a Aurelia. El 22 de febrero de ese mismo año abandona España a través de Francia y posteriormente se trasladarán a Inglaterra donde Barea pasará el resto de su vida en calidad de exiliado republicano.

Durante la guerra civil sólo había podido publicar una serie de veinte relatos muy breves que, en cierto modo, eran testimonios, instantáneas o cuentos en suma, basados en su propia experiencia de guerra y que tituló con el sonoro nombre de *Valor y miedo* (1938). En uno de estos relatos pone de manifiesto los sentimientos encontrados que dominaban a los

---

[3] *Hora actual de la novela española*, Madrid, Taurus, 1968, pp., 213-244, vol. II.

madrileños sitiados. Durante 1937 había pasado por una aguda crisis motivada por los continuos bombardeos y sus enfrentamientos con los comunistas. Fue en Inglaterra donde volvió, con denodado entusiasmo, a dedicarse a la literatura y al periodismo hasta su muerte ocurrida el 24 de diciembre de 1957. Sin embargo, al pisar este país, el escritor se "sintió desposeído de todo, con la vida truncada y sin una perspectiva futura, ni de patria, ni de hogar, ni de trabajo..., rendido de cuerpo y de espíritu". Temió una deportación, la situación de Aurelia y los niños, de su hermano Miguel, ingresado en la cárcel, de su hermana Concha. Envió los recursos económicos que pudo, de una forma regular, hasta 1951.

Más de treinta años después el hispanista Nigel Townson[4] ha querido rescatar del olvido la mayor parte de su obra e inicialmente ha publicado una nueva edición de *La forja de un rebelde*. La historia de su edición es la siguiente: entre 1941 y 1946 la obra apareció publicada por Faber & Faber, inicialmente, en inglés traducida por sir Peter Chalmers-Mitchell. En 1946 Ilsa Barea realizó una nueva traducción y en noviembre de ese mismo año la editorial estadounidense Reynal & Hitchcock de Nueva York, publicó las tres novelas en un solo volumen. La primera versión en castellano apareció en 1951, en la editorial Losada de Buenos Aires. En España circuló de forma clandestina y sólo se publicó durante la transición en 1977, por Turner, en tres tomos que reimprimió en 1984. Un año más tarde Plaza & Janés volvería a editarla, también, en tres tomos que volvió a reimprimir en 1993. La presente edición de Townson recupera la idea de publicarla en un solo volumen e incluye una *Introducción* [5] sobre la historia del texto, además de suprimir los errores de redacción que habían aparecido en anteriores ediciones castellanas.

El primer volumen de la trilogía, *La forja*, relata la niñez y primera juventud del escritor, es la parte más novelesca porque el factor político-social apenas si aparece. Barea reconstruye los años de su niñez sumergiéndose en sus recuerdos y otorgándoles vida con su imaginación: los días de su niñez al lado de la madre, los familiares con nombres propios que le llevan a ofrecer el cuadro de su mundo perdido. Reconstruye los barrios del viejo Madrid, los alrededores, Brunete, los campesinos... Hacia la mitad de la narración el tono cambia, la edad escolar y sus primeros trabajos ofrecen ya una perspectiva de preocupación social y ese

---

[4] Estudioso de la obra de Barea, ha emprendido la tarea de publicar la totalidad de su producción: *La forja de un rebelde*, Madrid, Debate, 2000 (incluye las tres novelas en un solo volumen); *Palabras recobradas. Textos inéditos*, Madrid, Debate, 2000 y *Cuentos completos*, Madrid, Debate, 2001.

[5] Vid., la edición de Debate, pp. VII–XII.

acento de "rebeldía" con que ha titulado su primer volumen. Al final hay páginas verdaderamente duras y violentas, escritas con pasión, donde la entraña del novelista queda al descubierto.

En el segundo volumen, *La ruta*, el escritor se encuentra cumpliendo en África su servicio militar, época de su vida que ocupará buena parte del libro para al final relatar su vuelta al mundo civil. Como en anteriores capítulos, la descripción realista es la nota dominante, pero no es una novela histórica como pudiera pensarse, sino la historia de parte de su vida y se funde con él mismo. Sin duda fue esta etapa la que gestó la personalidad del escritor futuro y la que explica la radicalización posterior de algunas de sus ideas y sentimientos.

El tercer volumen, *La llama*, es el más extenso de los tres y relata todas sus vivencias durante la guerra civil, y el que le ha proporcionado más resonancia internacional. Barea ofrece una imagen de la guerra a través de su oficina de trabajo y el escenario es siempre la capital de España sitiada. Buena parte de este capítulo de su vida está dedicado a narrar la inquietud política de la nación que llegó a desembocar en la guerra civil; en su relato sostiene que todo lo que en España sucedía, aun en los más pequeños pueblos o aldeas, reproducía en mayor o menor escala, el paradigma de los posteriores hechos en el país. Los capítulos de esta parte se convierten en la excelente pintura de una sociedad, de un medio y hasta de momentos singulares. La segunda parte del libro, en plena guerra, muestra un Madrid hambriento, agitado por las rivalidades de partido, ambiciones personales y divergencias de todo tipo.

En 1951 se publicó *La raíz rota*, originariamente en inglés. Este es un libro sobre el desarraigo y quizá –como ha señalado Juan Luis Alborg– la única novela que un hombre como Barea podría escribir. Puede ser, en realidad, la historia de un exiliado puesto que se refiere a un hombre que se exilia voluntariamente al acabar la guerra civil española, vive algún tiempo en Londres y regresa luego a Madrid, donde había dejado a su familia; vuelve a un nuevo destierro porque no consigue vivir en un país que ya no conoce y en compañía de unos familiares que le son ajenos. La pasión política, el dolor del vencido que debe plegarse a una nueva situación, el desarraigo se convierte en la culminación de un conflicto humano que sigue teniendo proyección universal. Ese mismo año había empezado otra nueva novela que tituló *El guardián de su hermano*, y la situó en un Madrid contemporáneo y a través de las vivencias de tres generaciones.

Nunca acabó la que parecía ser su obra más ambiciosa después de *La forja de un rebelde*, aunque siguió escribiendo, sobre todo cuentos, actividad que nunca había dejado de realizar, como había hecho en las delicadas épocas de los años cuarenta, quizá su periodo más creativo. En

1960 se publica en España la colección *El centro de la pista*, relatos que muestran, aun con el paso de los años, la nostalgia de su país. A excepción de dos o tres, el resto recogen hechos de la vida española, de la niñez y de la juventud del escritor, o nos muestran aspectos de orden más lírico y emocional, inspirados en esa nostalgia de las cosas y de las gentes que dejan en el lector un fondo de emociones entrañables.

Arturo Barea publicó a lo largo de su vida un análisis pormenorizado y palpitante de la actualidad española que transformó en un libro titulado *La lucha por el alma española*, además de sus alocuciones semanales con el seudónimo de "Juan de Castilla". *Palabras recobradas. Textos inéditos* nos devuelven a la actualidad a un Barea desconocido, un agudo ensayista y crítico literario que realizó los primeros estudios sobre García Lorca y Hemingway, además de análisis sobre la actualidad de una España vista desde el exilio y desde los micrófonos de la BBC para el servicio de América Latina. El olvido de esta parte importante de la obra de Barea se debe esencialmente —según el editor del presente volumen, Nigel Townson— a su status de exiliado republicano y al hecho de que casi todos sus escritos de carácter teórico aparecieron originalmente en inglés. Lo que intenta la edición de *Palabras recobradas* es solventar de una vez por todas dicho olvido y poner a disposición del lector español una selección amplia de los trabajos publicados, tanto los referidos a crítica textual como sus reflexiones políticas y sociales publicadas en revistas y periódicos de todo el mundo. La edición queda dividida en cuatro grandes apartados que recogen su "Crítica Literaria" con reflexiones sobre Gómez de la Serna, el realismo de Sender o la literatura española contemporánea, es decir, la de los 50 con Cela, Torrente o Laforet, como autores que despuntaban, para pasar a las charlas emitidas por la BBC, que se muestran divertidas e imparciales, aunque se perfile un excesivamente partidario e intérprete de la cultura británica.

El compromiso ideológico de Barea aparece, en igual proporción, suficientemente representado en la presente edición, sobre todo a través de sus "Reflexiones políticas e históricas" y más bien se trata de un análisis equilibrado de sus opiniones acerca de hombres como Franco, Ortega o Madariaga que da lugar a reflexiones de carácter eminentemente político que develan su talante socialdemócrata. Dentro de esta sección sobresalen algunos de los artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires en la última etapa de su vida. De un total de sesenta y cuatro que llegó a escribir, aquí se muestran veinte que ensayan su visión sobre la política y la sociedad británicas. Finalmente una correspondencia particular, así como cartas sobre literatura y algunas remitidas al escritor por autores como John Dos Passos, Cyril Connolly, Ramón J. Sender o Gerald

Brenan componen este grueso volumen que confirma la validez de una vocación frustrada por un exilio que llevó a tantos intelectuales a componer su obra lejos de su país.

Según el estudioso inglés Nigel Townson, en un pormenorizado análisis biobibliográfico, en las diferentes ediciones de la obra, el autor extremeño había manifestado tener ambiciones literarias desde su adolescencia, pero las necesidades económicas de la familia lo llevaron a abandonar sus propósitos inicialmente, aunque durante el servicio militar en Marruecos produjo varios textos, concretamente algunos cuentos como el titulado "La medalla", fechado en octubre de 1922 y que hasta el momento no había sido editado en castellano. Este relato cuenta la vicisitud de una pequeña medalla y el valor otorgado por el narrador cuando se la entrega a su novia como regalo y a ésta le parece algo muy insignificante. En una carta, el autor, desde África, le explica cómo había conseguido la diminuta medalla y el valor que esta pequeña joya encerraba para él. En realidad, en este primer texto ya se muestran algunas de las características de la prosa de Barea: su aparente simplicidad, su poder descriptivo y sobre todo la honestidad que otorga a las emociones.

Tras licenciarse en el ejército, Barea pasó a Madrid donde desempeñó algunos puestos de responsabilidad en el terreno de las patentes hasta que en 1936 se convirtió en Jefe de la Censura de Prensa Extranjera, trabajo que le devolvió su apasionado amor a la escritura. Desarrolló una intensa actividad como propagandista en *La Voz Incógnita de Madrid*, y conoció a escritores cono Hemingway o Dos Passos, pero sobre todo a la activista e intelectual austríaca LSA Kulcsar, una excelente lingüista que, como hemos señalado, se convertiría posteriormente en su esposa.

En agosto de 1937 se publicó en el diario inglés *The Daily Express*, el cuento "The Fly" que más tarde formaría parte de su primer libro de cuentos *Valor y miedo*, publicado en Barcelona en 1938. El libro fue editado por *Publicaciones Antifascistas de Cataluña* y después reeditado por José Esteban en 1980, por la editorial Tercero de Barcelona en 1984 y finalmente, por Plaza & Janés en 1986. Leídos hoy estos relatos hay que interpretarlos como artículos y su labor propagandística llevada a cabo en sus programas de radio, en realidad, narraciones escritas en pleno conflicto bélico y que se concretan en exaltaciones de la causa republicana; quizá por ello los textos reflejan un estilo directo, conciso, como señala el editor Townson, con gran agudeza y una sensibilidad poco habitual. Por otra parte, el mundo descrito es el de la clase trabajadora y su lucha diaria por sobrevivir, es decir, el de aquella gente que forma la otra parte de la historia de España.

En febrero de 1938, Barea decide abandonar España, viaja hasta París y se refugia definitivamente en Inglaterra, a donde llega a principios de 1939, con la firme convicción de dedicarse de lleno a la literatura. Fue en Inglaterra donde volvió, con denodado entusiasmo, a dedicarse a la literatura y al periodismo hasta su muerte ocurrida el 24 de diciembre de 1957. Sin embargo, al pisar este país, el escritor se "sintió desposeído de todo, con la vida truncada y sin una perspectiva futura, ni de patria, ni de hogar, ni de trabajo..., rendido de cuerpo y de espíritu". Su primer trabajo literario conocido de la época es el cuento "Un español en Hertfordshire" que se publica en *The Spectator* ese mismo año y que no había sido recogido en ninguna de sus colecciones hasta el momento. Durante su estancia en Inglaterra, Barea continuó escribiendo relatos que aparecieron en revistas y periódicos diversos y aunque se publicaron en inglés, preferentemente, en francés, alemán, danés, noruego y sueco, esporádicamente lo hicieron en español, pero jamás se editaron en España.

Tras la muerte del novelista, su viuda Ilsa reunió una selección y consiguió publicarla en España en 1960, con el título de *El centro de la pista*.[6] El libro fue reimpreso en 1988. Aparecía, por consiguiente, el segundo de los libros de Barea en su país, aunque se trataba de relatos y su obra cumbre se resistía a publicarse. La explicación que el profesor Townson da a esta publicación quizá se deba a las anomalías en la censura franquista y sobre todo a esa tenue apertura que se esbozaba en los sesenta y que propició una evolución gradual del régimen. Los cuentos nada tienen que ver con la vida del escritor en su país de adopción, de hecho sólo una parte de "Las islas mágicas" se refiere a Inglaterra, el resto se ocupa de España, en realidad, el eterno tema de su narrativa, el pasado y las causas de la guerra civil: el dolor del hombre, la reconciliación, el exilio, el desarraigo… Muchos de estos cuentos tienen un marcado acento biográfico y otros tantos parecen capítulos desechados de esa obra cumbre que es *La forja de un rebelde*.

Cuando habla de su biografía, nuestro autor sitúa ésta en la niñez preferentemente, como ocurre en "La lección" o "Física aplicada". Juan Luis Alborg en su *Hora actual de la novela española*[7] da noticia de la aparición de un nuevo volumen de cuentos en España y afirma lo siguiente: "El libro *El centro de la pista* posee el interés especial de hacernos ver cómo Barea seguía en la distancia alimentándose de la nostalgia de su

---

[6] Reeditado en Badajoz, Colección Raíces, con una interesante "Introducción" de María Herrera Rodrigo.

[7] Vol, II, pág., 243.

país y nutriendo su pluma con restos de recuerdos, restos de aquel equipaje personal que había metido entero en la maleta de *La forja de un rebelde*.

Con excepción de dos o tres relatos —"Mr. One", "A la deriva", "Las islas mágicas"—, que no son los mejores, todos los otros recogen menudos hechos de su vida española, con preferencia de su niñez y juventud, emparentados con motivos que ya nos son familiares después de la lectura de sus otros libros. Algunos de estos cuentos —"Madrid entre ayer y hoy" (magnífico apunte costumbrista del Madrid de antaño), "Física aplicada", "La lección"— recogen aspectos de orden más lírico y emocional, inspirados por esa nostalgia hacia gente y cosas lejanas, que dejaron en la sensibilidad del novelista un fondo de emociones entrañables. Otros relatos —"El testamento", "El huerto", "El cono", "Agua bajo el puente"— nos muestran al Barea preocupado por los temas sociales, dispuesto a saltar contra el abuso del poderoso; en todos ellos se agazapa una moraleja intencionada o una dura sátira, aunque, en general, los motivos parecen pertenecer a una realidad social ya desaparecida. "Bajo la piel", inspirado en idéntica generosidad reivindicadora, trata de un tema más universal: el odio de razas. Y el cuento está compuesto con innegable talento y originalidad.

El centro de la pista, el más importante de todos y que da título al volumen, es un desahogo biográfico que pudo ser un fragmento de *La forja rebelde*. Es importante como confirmación de la inquietud vital del novelista, de sus problemas, de su incapacidad de adaptación que lo llevó a esa amargura y descontento a que arriba nos hemos referido. Por sí sólo es un bello cuento, muy alejado de cualquier vulgar trivialidad; leído al final de toda su obra publicada, puede ser para el lector una emotiva despedida del hombre contradictorio y difícil pudo decir una palabra trascendente y no acertó todo".

Barea tenía, escasa firmeza para la invención narrativa, había poco en él de lo que puede entenderse como literato profesional. El literato de Barea –ha escrito Alborg– se concreta en el arte de ver y de animar sus vivencias propias. El autor apenas si utiliza elementos de ficción, narra tan sólo aquello de que es testigo o que está relacionado directamente con los sucesos de su vida. Traza en sus prosas escenas y ambientes vivos y animados, oficios y cuadros de costumbres no sólo del Madrid de su niñez sino de otros periodos de su vida, como por ejemplo, cuadros de su vida militar, la vida cuartelaria, su estancia en Marruecos que forjaría su personalidad y explicaría su actitud y sus sentimientos posteriores. A lo largo de su trayectoria, tanto en sus cuentos como en sus novelas, Barea supo destacar el interés humano en esa tarea de reconstrucción que se

impuso en su propia vida y en la de muchos de los personajes con los que convivió. En realidad, Barea enjuicia el mundo desde supuestos previos, no necesita razonar ni profundizar, sus vivencias son íntimas y elementales, retrata y enjuicia el mundo a través de la lente de su propia convicción como ser humano; en él resulta imposible deslindar lo que sería la crítica política y social con la sátira de las costumbres, historias de sucesos o el propio rencor y resentimiento que lo llevó a experimentar otra visión distinta de la mezquindad en el orden humano.

Los *Cuentos misceláneos*[8] que se incluyen en la presente edición dedican una importante parte a contar las miserias de la posterior situación de la guerra civil: el Madrid postbélico, las secuelas humanas después del conflicto y algunos de ellos analizan la situación franquista del país. La singularidad de Barea al escribir sus cuentos estribaría en que estos están sacados de la vida misma, de la interpretación que éste hace sobre ella y de lo que ve a su alrededor, de su propia biografía, tanto es así que se convierten en documento psicológico e histórico de una época y de un pasado que nos resistimos a olvidar. Pero ahí está su valor, la realidad con que se confunden estos trozos de historia, el costumbrismo que arrastran, la noticia que ofrecen, el tipismo de unos caracteres singulares.

La editorial española Debate consigue con la edición en un solo volumen de *La forja de un rebelde* (2000), *Palabras recobradas* (2000) y *Cuentos completos* (2001) la recuperación de este singular representante de la literatura del exilio español. Decididos a restablecer la figura de este singular escritor qué duda cabe porque su literatura posee aquellos elementos que se suelen denominar esenciales en cualquier creación narrativa: la trascendencia y el alcance del tema y, sobre todo, ese carácter humano, entrañable, íntimo que sólo puede ofrecer el autor que se vuelca en lo que escribe.

---

[8] Se publican por primera vez en español e incluyen 16 relatos.